



Vista del Monte-Blanco.

SEGUNDA SERIE.—1861.

AÑO XIX. 4.

EL MONTE BLANCO.

El Monte Blanco, la montaña mas alta de toda Europa, habia atraído hacia ya mucho tiempo la atención de los viajeros y de los historiadores; empero, puede decirse, que data su celebridad únicamente desde la mitad del siglo pasado, época en que el célebre físico ginebrino Sausure, empezó sus *Viages en los Alpes*, prestando tan señalados servicios á las ciencias con sus escursiones.

Nosotros le tomaremos algunos detalles sobre su ascension al Monte Blanco, reservándonos acudir mas tarde para el mismo asunto á los atrevidos sucesores de Sausure, dignos de elogio, aun cuando no han hecho mas de esta peligrosa expedicion que un objeto de simple diversion.

En sus primeras correrías á Chamounix (1760) Sausure creia inaccesible el Monte Blanco. Habia, sin embargo, prometido recompensas á los que encontrasen un camino practicable. Inútilmente se hicieron diversas tentativas desde 1761. En 1775 cuatro guías de Chamounix, hicieron una tentativa, y se vieron obligados á retroceder. El mismo mal éxito se obtuvo en 1783. Se creia hacer toda la jornada en un día, y que era imposible pasar la noche sobre la montaña. En 1784 el ginebrino Bouvrit fracasó igualmente, y en 1785 Sausure y él no fueron tampoco mas felices. Sin embargo, llegaron á una altura á donde jamás habia llegado ningun observador en Europa.

Diversas obras periódicas habian anunciado al público que en el mes de agosto de 1786 dos habitantes de Chamounix, Mr. Paccart, doctor en medicina y el guía Jacobo Balmart, habian llegado á subir á la cima del Monte Blanco mirada hasta entonces como inaccesible. Avisáronle á Ginebra á Sausure al día siguiente, y marchó al instante y sin detenerse á seguir sus huellas. Sobrevinieron lluvias y nieves que le obligaron á renunciar á su intento durante aquella estacion, y dejó á Jacobo Balmart la comision de visitar la montaña desde el principio de junio, avisándole al momento que derretidas las nieves pudiese verificarse la subida.

Advertido Sausure de que podia verificar su ascension en los primeros dias de julio, salió de Ginebra para Chamounix. Encontró en Salenche al valeroso Balmart, que venia á anunciar su nueva victoria. Habia vuelto á subir segunda vez el 5 de julio sobre la cima del Monte Blanco con otros dos guías. Llovía á mares cuando Sausure llegó á Chamouni, y duró el mal tiempo cuatro semanas. Estaba decidido firmemente, nos dijo, á aguardar hasta el fin de la estacion, antes que dejar escapar el momento favorable. Llegó por fin aquel momento tan deseado y el 1.º de agosto de 1787 me puse en marcha acompañado de un criado y de diez y ocho guías, que llevaban mis instrumentos de física y todo el equipage de que tenia necesidad.

Para poder escoger libremente el sitio en que pasar la noche hizo llevar una tienda, y se fué á acostar á 779 toesas sobre Chamounix. Esta jornada no presentó trabajo ni peligro, se caminaba siempre sobre el cesped ó la roca; pero desde allí hasta la cima habia que marchar siempre sobre nieve ó sobre el hielo.

La segunda jornada fué penosa. Fué preciso atravesar el ventisquero de la costa difícil y peligrosa, entrecortada

de barrancos anchos y profundos é irregulares que habia que pasar muchas veces sobre puentes de nieve, algunas veces muy delgados y suspendidos sobre abismos. A punto de perecer estuvo uno de los guías: el hielo se rompió bajo sus pies. Felizmente aquellas buenas gentes habian tenido la precaucion de amarrarse los unos á los otros, y el hombre se quedó suspendido entre sus dos compañeros.

Resuelto á subir á lo mas alto posible, al segundo día Sausure decidió, aunque con mucho trabajo, á sus guías á pasar de las rocas que les ofrecian un abrigo para ir á acamparse en la nieve, donde con muchísima fatiga abrieron un hoyo bastante capaz.

Tal era el efecto del enrarecimiento del aire sobre aquellos hombres robustos para quienes siete ú ocho horas de caminar no es nada, que inmediatamente que habian sacado seis ó siete pellas de nieve con los azadones, se encontraron en la imposibilidad de continuar trabajando y era preciso relevarlos de un momento á otro. El mismo Sausure se sentia estenuado de fatiga al observar sus instrumentos de meteorología. «Desde el centro de aquel rellano, nos dice, encerrado entre la última cima del Monte Blanco por el Mediodía, sus altos escalones al Este, y la cúpula de Gouté al Oeste, no se descubria mas que nieve pura, de una blancura que desvanecía la vista, y formando sobre las altas cimas el contraste mas singular con el cielo casi negro de aquellas altas regiones. No se veia allí ningun ser viviente, ninguna apariencia de vegetacion, siendo la mansion del frio y del silencio. Cuando yo me figuraba al doctor Paccart y á Jacobo Balmart, llegando los primeros al espirar el día en aquellos desiertos, sin abrigo, sin socorro, aun sin la certidumbre de que pudieran los hombres vivir en aquellos sitios adonde pretendian ir, y prosiguiendo, sin embargo, siempre su carrera, me asombraba de su fuerza de espíritu y valor.»

La noche se pasó sin accidente alguno. Sin embargo, cuando comenzaban los viajeros á dormirse bajo su tienda los despertó el ruido de un alud ó abalancha, que cubrió una parte de la cuesta que debian de subir al día siguiente. Al amanecer el termómetro se hallaba á tres grados Reaumur bajo de hielo.

Pusiéronse en camino bastante tarde, porque era preciso hacer derretir la nieve para el desayuno y por el camino. Habia que beber el agua inmediatamente que se derretia. Y aquellas gentes que guardaban religiosamente su provision de vino, andaban robando continuamente el agua que se llevaba de reserva.

«Comenzamos, dice Sausure, por subir al tercero y último rellano; despues tiramos á la izquierda para llegar á la mas elevada roca al Este de la cima. La cuesta es estrechamente rápida, de 39 grados en algunos puntos. Por todas partes conduce á precipicios, y se hallaba tan dura que los que marchaban delante no podian asegurar sus pasos sin hacerla pedazos con el hacha. Dos horas gastamos en subir aquella cuesta de 250 toesas de altura. Llegados á la última roca tomamos á la derecha al Oeste para subir la última cuesta, cuya altura perpendicular es casi de 150 toesas. Esta cuesta no tiene de inclinacion mas que de 28 á 29 grados, y no presenta peligro alguno; empero está allí el aire tan espeso, tan enrarecido, que se agotan y faltan las fuerzas con la mas espantosa prontitud. Cerca de la cima, yo ya no podia dar quince ó diez y seis pasos sin te-

ner que tomar aliento; sentía hasta un principio de desmayo que me obligaba á sentarme; pero á medida que se iba restableciendo la circulacion de la sangre, sentía recobrar mis fuerzas y me parecía al volverme á poner en marcha que podría subir de un tiron hasta la cumbre de la montaña. Todos mis guías con proporcion á sus fuerzas se hallaban en el mismo lamentable estado. Dos horas gastamos desde la última roca hasta la cima, y eran las once de la mañana cuando llegamos á ella.

»Mis primeras miradas fueron para Chamounix y el Priorato, donde yo sabía que se hallaban mi muger y sus dos hermanas con el ojo clavado en el telescopio, siguiendo todos mis pasos con una inquietud demasiado grande sin duda y no menos cruel, y experimenté el mas delicioso sentimiento cuando ví flotar el estandarte que me habían prometido enarbolarse en el momento en que viéndome llegar á la cima cesasen sus alarmas, ó por lo menos quedasen suspendidas.

Entonces pude gozar con placer del grandioso espectáculo que se ofrecia á mi vista. Un ligero vapor, suspendido en las regiones inferiores del aire, me ocultaba, es cierto, la vista de los objetos mas bajos y mas distantes, tales como las llanuras de Francia y de Lombardía; empero lo que ví con la mas grande claridad es el conjunto de todas las altas cimas, cuya organizacion deseaba yo conocer hacia mucho tiempo. No creía lo que estaban viendo mis ojos; parecíame soñar cuando veía bajo mis pies aquellas magestuosas cimas, aquellas espantosas agujas al Mediodía, las montañas gigantes cuyas bases mismas habían sido para mí de una subida tan difícil y peligrosa. Estudiaba sus relaciones, su conexión, su estructura; una sola mirada disipaba las dudas que años enteros de estudios no habían podido aclarar.

Sausure describe despues en seguida el malestar, la desazon que el aire le hacia sufrir á él y á toda su comitiva. No marcando el barómetro sino de diez y seis pulgadas á una línea, el aire no tenía mas de la mitad de su ordinaria densidad. El menor movimiento le ocasionaba fatiga y palpitaciones muy incómodas. Sus guías experimentaban las mismas sensaciones; no tenían apetito ninguno. A la verdad, los viveres, que se habían helado todos en el camino, no eran los mas propios para escitar las ganas de comer. Tampoco querían tomar el vino y el aguardiente; solo el agua fresca les gustaba y les causaba placer.

Sausure permaneció sobre la cima hasta las tres y media, y tuvo tiempo de hacer las observaciones mas esenciales.

La bajada fué menos penosa, pero no menos peligrosa que la subida: volvió á acostarse á un nivel de doscientas toesas mas bajo que la noche anterior. Toda la caravana cenó con muy buen apetito; y á pesar de la fatiga y cansancio se hallaron todos mucho mejor desde que respiraban un aire mas denso. Al día siguiente los viajeros encontraron el ventisquero de la costa cambiado por el calor de los dos últimos días, y mas difícil de atravesar. Viéronse obligados á bajar un plano de nieve inclinado de cincuenta grados para evitar una hendidura ó barranco que se había formado durante su viaje. Bajaron en seguida alegremente al Priorato, donde llegaron para la hora de comer.

«Tuve un gran placer, dice el ilustre observador, de conducir á todos estos hombres sanos y salvos, con los ojos

y el rostro en el mejor estado. Los crespones negros de que me había provisto y con los que nos habíamos envuelto la cara, nos habían perfectamente servido y preservado de que nos sucediese lo que á nuestros predecesores en la subida, que habían vuelto todos casi ciegos y con los ojos llenos de grietas que les hacían saltar sangre por la reverberacion de la nieve.»

MANUEL GUZMAN.

EL PELUQUERO DE MOSCOW.

(Conclusion.)

Llegado á casa de la embajadora, la encontró preocupada y triste. Le dijo que le atusase sencillamente el pelo, porque aquel día no quería peinarse.

Obedeció Valandrú sin mostrar sorpresa ni decir una palabra, pero no le sucedió lo mismo á la embajadora. Habituada hacia mucho tiempo á conversar con su peluquero, cuyo afecto á su persona conocia, no trató de contenerse.

—Presumo que habreis sabido la catástrofe sucedida ayer en palacio, le dijo.

—No, señora.

—¿No habeis estado hoy en casa de alguna persona de la corte?

—Si, señora, pero las gentes de la corte no acostumbran á contar á su peluquero lo que pasa en las altas regiones, y en este país menos que en ningún otro.

—¿De veras? ¡Pues bien! Yo que tengo menos reserva con vos voy á ponerlos al corriente de una cosa, que además bien pronto se ha de saber. Figuraos, señor Valandrú, que se ha roto el matrimonio del czar. El padre de la joven Elena, la novia del czar, había tenido la audacia de engañar á su soberano, haciéndole creer en la buena salud de su hija.

—¿Es posible, señora?

—¡Y tan posible! La perspectiva de ser el suegro de un poderoso monarca había seducido al buen hombre. Hoy debía haber visto realizada su esperanza. Afortunadamente la Providencia lo ha impedido. La joven padecía de epilepsia. Ayer al entrar en los salones sufrió un violento ataque que descubrió el misterio y espantó al czar mismo.

—¿Estais bien segura de eso, señora? preguntó friamente el peluquero.

—¡Buena está la pregunta, á fé mia! respondió la embajadora. El accidente ha ocurrido en presencia de la nobleza reunida y del cuerpo diplomático. Por eso me encontrais tan afectada.

—¿Y qué han dicho los médicos?

—Los médicos no han hecho mas que certificar el hecho.

—Tanto peor; si yo me hubiera hallado presente hubiera tratado de curar á la enferma.

—¿Curarla? ¿Sabeis que ese mal es incurable?

—No importa.

—¿Cómo que no importa? replicó la embajadora sonriéndose á su pesar.... ¡Ah! si, ahora caigo. Los peluqueros

como los barberos entienden un poco de cirugía, ignoraba que tuviérais esa pretension. Sea de esto lo que fuere, mi buena voluntad y mi proteccion no llegarán hasta proponer al czar Alexis que os tome por su cirujano.

Valandrú no contestó una palabra.

—Tengo mucho interés en conservaros, añadió graciosa-mente la amable señora, que no tenia intencion de humillar á su peluquero. Lo que me contrista, continuó, es que ese padre, víctima de su ambicion ó de su ternura, ha debido recibir cien palos esta mañana, y ser enviado en seguida á la Siberia á expiar durante su vida la injuria hecha á su príncipe.

—A creer lo que se cuenta, murmuró el peluquero sin tratar de disfrazar su mal humor, ese hombre, pobre, oscuro, confundido en la muchedumbre, no se hallaba en posicion de buscar el amor del príncipe en favor de su hija, lo que no impide que le condenen á sufrir sus consecuencias.

—Seria justa vuestra reflexion, señor Valandrú, si ese hombre hubiese tenido la lealtad de revelar el estado de la enferma. En cuanto á la desgraciada Elena, no habrán durado mucho sus sueños de grandeza, la supongo encerrada ya por el reato de su vida en un convento. El primer ministro Morosow pronunció ayer inmediatamente estas severas condenas, y las ha hecho firmar al czar en presencia de la asamblea... ¡Ay! que me haceis daño, señor Valandrú, tened cuidado.

En efecto, acababa el peluquero de sentir un sobresalto, que habia arrancado tres cabellos á la embajadora. Violentas ganas tenia de hablar. Pero habia prometido callar. Consumido además el crimen, una tardía indiscrecion podia comprometer su vida. Escusóse de su torpeza, tomando por pretexto la emocion causada por la relacion que acababa de oir. Despues permaneció todo lo demás del tiempo triste y silencioso.

—Este Valandrú es un original, dijo la embajadora al verle marchar; pero tiene muy buen corazon, y esta cualidad á mis ojos le da tanto valor como su habilidad para peinar.

La escelente señora creia hacer asi el elogio de su peluquero, y sin saberlo hacia igualmente el suyo.

No se habia pasado todavía una semana, cuando á mas y mejor volvieron á comenzar las fiestas en el palacio de los czares. Triunfante Morosow, acababa de decidir á su amo á casarse con María Iliá, la hermana de la que él amaba. Iba á celebrarse una doble boda. El ministro moscovita recogia asi de este modo el fruto de su audacia y de sus odiosas maquinaciones.

Acostumbrado Alexis desde la infancia á sufrir el ascendiente de su ayo Morosow, creia deberle todo lo que sabia, hasta el arte de reinar. Recordaba sus servicios, y su constante adhesion en varias ocasiones. Llegado al trono, se habia apresurado á nombrarle su primer ministro, persuadido de que no podia encontrar mejor consejero. El joven czar era agradecido, circunstancia rara en un monarca, y esto explica la causa del excesivo imperio que el ayo convertido en ministro continuó ejerciendo sobre su antiguo educando.

Ocho días duraron las bodas de Alexis y de Morosow, la nobleza y el pueblo se entregaron á la alegría. Los diplomáticos de todos los paises amigos de la Rusia, asistieron á

los festejos de la corte. La embajadora de Francia, que en definitiva, no podia sino favorablemente mirar las cosas, desplegó en estas funciones tanta amabilidad y tantas gracias, que casi podia habersele atribuido el papel de soberana.

Valandrú, á quien á la vez llamaban en veinte casas, veíase obligado á multiplicarse. Cualquiera otro hubiera sucumbido á tanto trabajo, empero Valandrú llevaba en su seno un secreto que mantenía en él el fuego de la cólera y redoblaba su actividad. Acosado por este estimulante, menos á la embajadora, despachaba á la nobleza rusa tan sin cumplimento y con tal presteza, que aumentando su fama hubiera llegado á ser un Crespo si hubiera continuado por mucho tiempo la época de las fiestas y diversiones. Al fin volviósse á entrar en el estado normal de la vida y en el descanso que todos deseaban.

Tres semanas despues del matrimonio del czar estando una mañana peinando á la embajadora, lanzó de repente á su peluquero esta reconvencion:

—No os creia tan misterioso, señor Valandrú, ni tan reservado, sobre todo, conmigo.

—No sé, señora, por que decís eso... respondió asombrado Valandrú.

—Vamos, vamos, no os hagais el disimulado, ¿no me habíais dicho que estábais reñido con la condesa Golowina?

—¿Nada mas que eso? replicó desdeñosamente el peluquero: yo creia que la condesa os enteraria, porque...

—Os acusa de poco complaciente, interrumpió la joven.

A punto estuvo de estallar Valandrú y revelar cuanto sabia, empero el embajador se hallaba allí sentado de bata leyendo la Gaceta y escuchando.

Juzgó mas prudente Valandrú dar á su justificacion un rodeo anfibológico.

—La señora condesa Golowina, dijo, pretendia obligarme á hacer un género de peinado que me hubiera deshonrado.

—¡Hola! ¡hola! ¡hola! interrumpió el embajador riendo á carcajadas. Muy alto lleva el señor Valandrú el orgullo de su profesion.

Picado á lo vivo Valandrú, se irguió diciendo:

—Monseñor, en mi lugar, hubiera procedido como yo.

—Tal vez, si hubiera sido peluquero, replicó el embajador con tono burlon.

Algun tiempo despues de esto, entrando Valandrú en casa de la embajadora, la encontró con un aire alegre, casi burlon, aunque benévolo.

—Sabeis, le dijo, que me poneis en un cruel embarazo.

—¿Yo, señora?

—Sí, vuestros incomparables peinados me atraen cada dia admiradores, el czar mismo ha caído en la red y vos sois responsable.

—¡Gran Dios! exclamó el peluquero, ¿qué está diciendo su escelencia?

—No vayais tan de prisa, respondió la amable señora, dejando penetrar una sonrisa que embellecia un ligero rubor. Maravillado el czar, ha querido que aceptase yo una mision mas difícil que de cuantas está encargado mi marido.

—No comprendo, señora.

—Sin embargo, teneis talento, señor Valandrú, pero tambien teneis susceptibilidad y eso es un mal. Voy á explicarme mas claramente. Desean que peineis á la czarina, me han encargado arreglar este negocio, pero despues de

lo que ha sucedido con la condesa Golowina, os confieso que temo no salir con él adelante.

Cambió Valandrú de color temiendo si habria habido alguna indiscrecion. Convencido, sin embargo, de que nada se habia transpirado por su parte, y que los demas se hallaban mas interesados que él en guardar silencio, se tranquilizó inmediatamente.

—Señora, dijo con aplomo, como tengo la certeza de que el czar no ha de exigir de mí nada que no pueda hacer, tendré el honor de cumplir las órdenes que se sirva S. M. enviarme, y me reputo doblemente feliz de que este supremo favor me venga por vuestro conducto.

—Muy bien, señor Valandrú, eso me reconcilia con vos, respondió graciosamente la embajadora, porque me teniais incomodada un poquito por vuestra riña con la condesa Golowina, y sobre todo, por no haberme hablado de ella. Seguramente yo hubiera obtenido vuestro perdon y en ello hubiérais ganado mucho, porque la condesa está muy bien en la corte.

—Señora, exclamó el peluquero, prefiero mil veces deber á vos sola y á vuestra alta proteccion el honor que se me hace.

Sonrióse la embajadora con aquella imperceptible sonrisa de la muger que no se atreve á decir todo su pensamiento, pero quiere se lo adivinen.

—Hablais de mi proteccion, dijo negligentemente y dando un vistazo á su espejo; convenid mas bien en que á las obras maestras que improvisais con mis cabellos, debeis vuestra suerte. Os recomiendo únicamente, señor Valandrú, que no vayais á reñir con la czarina, y sobre todo con el czar.

—Señora, espero que no tendrán motivo por qué quejarse de mí.

Hacia ya algun tiempo que el peluquero se veia en gran favor con SS. MM. moscovitas. No se le ocultaba la satisfaccion con que la czarina María al salir de sus manos se miraba al espejo. El mismo príncipe mas de una vez, habia tenido el gusto de ver peinarla, ora se lisongease en ello su vanidad de esposo, ora hubiese cambiado de objeto de su amor.

Obligado á ir todos los dias á palacio, frecuentemente se habia encontrado Valandrú cara á cara, ya unas veces con el ministro Morosow, ya otras con la condesa Golowina. No se le habian escapado sus desdenos y casi amenazadoras miradas. Recibíalas como otras tantas heridas de que bien hubiera querido vengarse. ¿Pero qué podia un hombre de su condicion contra altos personajes, revestidos de la confianza del monarca? Devorar su despecho y guardarse de cometer una imprudencia.

Un dia, que coquetamente batía con su peine los rubios cabellos de la czarina, Alexis, que se divertía en mirarle, le dijo de pronto:

—Valandrú, aseguran que las gentes de tu oficio, y sobre todo los franceses, tienen muy buen humor y siempre cuentan alguna cosa. Parece que tú no eres así, y lo siento, porque solo eso te falta para ser un hombre perfecto en tu elase.

—Señor, respondió Valandrú, el respeto que me inspiran vuestras augustas personas....

—Déjate de eso, déjate de eso, replicó obsequiosamente el príncipe, aqui no hay ni representacion ni etiqueta. Di

cuanto te se venga á las mientes, ni mas ni menos que si estuvieses peinando á cualquiera simple muchacha del pais.

Animado con estas benévolas palabras, sitiado por su amor propio y por la especie de reconvencion que se le dirigia, Valandrú buscó en su inventiva imaginacion, y encontró mil gracias y ocurrencias que divirtieron en extremo á los dos esposos. Este feliz comienzo le inspiró tambien: decia con tanta originalidad y chiste las cosas, que muy pronto la hora que destinaba para su peinado la czarina, fué para el príncipe la hora de su mayor placer y distraccion. Charlaban los tres personajes sin distinguirse mas que por su trage. Sin embargo, acostumbrado Valandrú al trato de los grandes, no se separó nunca de la prudente reserva que convenia á su posicion.

Una mañana, que su sola entrada habia bastado para provocar la risa del czar, mas alegre que de costumbre, le recibió familiarmente.

—Veamos, Valandrú, le dijo, mi muger y yo nos hemos prometido que nos contarias hoy una de esas anécdotas de que necesariamente tu profesion te habrá hecho testigo.

Escusóse el peluquero, alegando la discrecion que exigia su estado.

—¡Bah! ¡bah! replicó el príncipe, no te digo que me des nombres propios.

Con el objeto de distraerles y hacerles olvidar la historia que le pedian, les dijo mil chistosas ocurrencias que no hicieron mas que aumentar el buen humor de SS. MM. y escitar su impaciencia. El czar volvió á la carga resueltamente.

Viéndose apremiado de aquel modo, pasó por la imaginacion del peluquero un pensamiento diabólico y antes de haber tenido tiempo de contenerlo ya habia principiado á soltarlo.

—Un príncipe jóven, bello y poderoso, dijo, amaba á una doncella pobre y de baja condicion. Habia resuelto casarse con ella. Gentes á quienes contrariaba este matrimonio, emprendieron separarle de él, empleando un medio bárbaro. Creyeron aquellas gentes que yo, humilde peluquero, consentiria en ayudarlos. Me hicieron la proposicion, tratando de ganarme con el cebo de una magnífica recompensa, pero yo rehusé asociarme á la culpable accion que se meditaba. Presumo que otro fué menos escrupuloso que yo: los ricos, cuando quieren hacer el mal, siempre hallan cómplices que comprar. Ved aqui lo que sucedió.

Iba á darse una fiesta en honor de la novia. El príncipe debia asistir á ella. Los que tenian el cargo de vestir y adornar á la jóven, de tal modo apretaron los cabellos, que el peinado fué un suplicio para ella. Palideció al entrar en el salon, y muy pronto le dió un ataque de nervios que la arrancó gemidos y gritos.

Eso era justamente lo que deseaban los autores de aquel infernal complot. Testigos, complacientes ó ciegos, declararon que provenia el accidente de una terrible enfermedad que se habia tenido oculta. Asustado el príncipe, creyó ligeramente lo que se decia. El padre de la doncella fué condenado á un castigo tan cruel como injusto, y la desgraciada víctima de un amor que habia venido á sacarla de la oscuridad, se vió relegada á un claustro. Poco tiempo despues, contrajo el príncipe otro matrimonio, conforme á la intencion de los autores de la trama.

—No es alegre tu historia, dijo de repente la czarina, llevando su pañuelo á los ojos.

Notó aquel movimiento Valandrú. Durante su malhadada relacion, no habia cesado de concentrar su atencion en el trabajo que ejecutaban sus manos, pensando atenuar así el efecto de su imprudencia, de que tarde se arrepentia. Una mirada furtiva que echó entonces sobre Alexis le hizo ver al emperador triste, silencioso, cabizbajo, sumergido en sus reflexiones.

—¡Torpe! ¿Qué es lo que he hecho? se dijo á sí mismo.

Inmediatamente, invocando todos los recursos de su talento, con la esperanza de apartar la tempestad, lanzó una porcion de gracias y chistes, que no obtuvieron ningun resultado. Desesperado, se dió prisa en concluir de peinar á la emperatriz, y se retiró avergonzado despues de haber saludado profundamente.

Atravesaba como fugitivo uno de los salones de palacio, cuando una mano le tocó en el hombro. Volvióse maquinalmente, y estuvo á punto de caerse de espaldas al encontrarse cara á cara con el czar.

—Sígueme á mi gabinete, tengo que hablarte, le dijo Alexis secamente.

Fuerza le fué obedecer al pobre diablo, que apenado y místico siguió al emperador hasta su gabinete. Al llegar á él, cerró Alexis cuidadosamente la puerta, tomó una silla, se sentó, é invitó al peluquero á que hiciese otro tanto. En vano se resistia éste; un gesto imperial le clavó en un sillón.

—Valandrú, le dijo el príncipe, acabas de contar una historia que me ha causado profunda impresion.

—Señor, demasiado tarde lo he advertido, os pido perdón, dijo tartamudeando el peluquero.

—No hay de qué, no hay de qué, interrumpió el czar, únicamente quiero que me digas si esa historia es verdadera.

Embarazosa era la respuesta, el sí y el nó presentaban grandes inconvenientes. Triunfaron la franqueza y tambien un poco la vanidad del narrador.

—Señor, respondió con bastante firmeza Valandrú, me pedís una anecdota recogida en el ejercicio de mi profesion y no me creais capaz de haber engañado á unos personajes como vos y la czarina.

—Eso me basta. Ahora dime, si gustas, el nombre del príncipe.

—Vos mismo habeis declarado que podria guardar secreto en ese punto. Faltar á él seria hacerme indigno de la confianza que se me concede.

—¡Es muy justo! replicó friamente el monarca. Yo que no tengo las mismas razones que tú para ocultar ese nombre voy á decírtelo. El príncipe de quien hablabas ahora mismo, se llama Alexis.

Viendo aturdido y lleno de confusion al peluquero el czar lo abrumó á preguntas sobre los incidentes de la aventura que acababa de contar.

Acosado por todas partes, no sabia Valandrú como salir del mal paso en que tan imprudentemente se habia metido. Una repentina impresion se apoderó de él, suscitada por el instinto de la conservacion.

—¡Señor! exclamó con desesperacion, poneis mis dias en peligro, de seguro me asesinarán.

—¿Y quién se atreverá á ello? replicó el monarca leván-

tándose con altivez. Yo daré órdenes á Morosow para que te se respete como á mi propia persona.

—¡Guardaos bien de ello! respondió espantado Valandrú.

—¿Y qué? preguntó todo sorprendido el czar, ¿no tendrías confianza en mi primer ministro?

Valandrú se mordió los labios.

—Yo no digo eso, replicó tímidamente; pero, señor, en mi cualidad de francés no deseo mas proteccion que la vuestra y la de nuestro embajador.

Viendo que insistia el príncipe en obtener detalles sobre un negocio que parecia interesarle en el mas alto grado, tomó por último Valandrú un partido, que creyó el mejor.

—Señor, le dijo, estoy pronto á responder á las preguntas que os digneis dirigirme, pero antes permitidme os exija una promesa.

—¿Cuál?

—Que el mas grande misterio sobre este asunto se guardará entre vos y yo.

—Lo juro.

Habiendo dado Alexis su palabra de soberano, Valandrú le esplicó la indigna astucia de que se habian servido para engañar su buena fé, y romper el matrimonio que se proponia verificar segun sus inclinaciones y los deseos de su corazón.

A pesar de verse apremiado el peluquero á designar los culpables, se defendió enérgicamente.

—Señor, le dijo, es para mí una felicidad, un deber, el proporcionaros la ocasion de reparar una injusticia; empero rehuso el papel de delator, he prometido callar, permitid que cumpla mi promesa, como estoy seguro de que vos cumplireis la vuestra.

—Pero tú me hablas de una reparacion, exclamó con angustia el czar. ¿A quién podré confiarme para esto? ¡tal vez á los autores del crimen que se me ha hecho cometer!

—Vuestra alta sabiduría os dará los medios, señor, dijo inclinándose el peluquero.

—Sí, lo sé, añadió con amargura el monarca. Se ensalza mucho la sabiduría de los soberanos, y regularmente no sirve sino para que los engañen otros. Pues bien; acepto como un consejo lo que acabas de decir. En el temor de dirigirme á traidores que no conozco no confiaré á nadie si, no á mí mismo el cargo de salvar á los desgraciados que he sacrificado, y cuento contigo para que me ayudes. Esta noche debe de haber recepcion en palacio. A pretexto de que se necesitan tus servicios, vente aquí lo mas secretamente posible. Lo demás corre de mi cuenta. Solo te prevengo que estaremos tres dias ausentes.

Bien hubiera querido Valandrú eximirse de prestar su cooperacion á un proyecto cuyo objeto ignoraba, y que podia costarle la vida, alegó la obligacion de ir todas las mañanas á casa de la embajadora; pero habiéndose comprometido á prevenirla el czar, fué inútil toda resistencia.

Llegada la noche una larga fila de carruages se agolpaba á las inmediaciones de palacio. Amos y criados no pensaban mas que en librarse de la nieve que á grandes copos caia. Valandrú, embozado en una larga capa, se deslizó furtivamente entre la muchedumbre.

En cuanto hubo penetrado en los cuartos de la servidumbre no tardó en hallarse con el czar, que evidentemente estaba acechando su llegada. Alexis le hizo una seña

y le llevó sin hablar una palabra á una pieza inmediata á su gabinete.

—Mira, le dijo, una cama: aqui un armario en el que encontrarás con qué cenar y todas las cosas de que puedas necesitar. No tengas cuidado, descansa tranquilo, yo solo velo por tí.

A estas palabras se alejó Alexis, y oyendo el peluquero dar vueltas á la llave en la cerradura comprendió que se hallaba prisionero.

Un sentimiento de terror fué su primera impresion, empero se repuso inmediatamente diciéndose á sí mismo: —¡Bah! con semejante carcelero nada tengo que temer.

Habiendo abierto el armario encontró allí con que satisfacer ámpliamente su apetito y reanimar su valor. Después de haber hecho honor á la cena y probado suficientemente los esquisitos vinos que la acompañaban, sintió dilatarse su amor propio á la idea de la aventura que iba á correr en amor y compañía de un monarca, y á fin de estar mas dispuesto, dócil á la recomendacion del príncipe, se acostó, y entregándose todo á sus reflexiones se quedó profundamente dormido.

Durante este tiempo el czar Alexis se paseaba lentamente en sus salones recibiendo los homenajes y las lisonjas de los señores, deteniéndose de trecho en trecho delante de las damas y dirigiéndolas palabras afectuosas y benévolas. Al llegar al lado de la embajadora de Francia se mostró con ella aun mas amable que con las demas. Después de algunas galanterías dichas con esquisito tacto, la rogó que aceptase su brazo para dar algunas vueltas por los salones.

A esta marcada y notable señal de preferencia, el anciano embajador de Austria á quien nada se le escapaba, sintió el mas vivo despecho. Aquel hombre de severa y apesadumbrada fisonomía se imaginó ver sacrificados ostensiblemente los intereses de su amo á los del rey de Francia. No atreviéndose á cometer la irreverencia de acercarse á escuchar la conversacion que iba á entablarse, no pudiendo disimularse tampoco que era un poco sordo, reunió en su prudencia los medios de parar el golpe que acababa de recibir.

Comenzó el czar por extasiarse sobre el elegante traje y lo bien puesta que iba la embajadora, especialmente sobre su peinado, que tuvo por el mas elegante y de gusto. Después cambiando la conversacion de asunto:

—Señora, la dijo, tengo una gracia que pedirlos y un secreto que confiarlos.

—Es decir que V. M. se digna concederme dos distinciones á la vez, respondió la jóven con una deliciosa sonrisa. Seria una negra ingratitud no corresponderos, señor, como debo.

—Siendo eso asi ya no vacilo, replicó el czar. ¿Consentireis, señora, en cederme por tres dias á vuestro peluquero, sin reconvenirle por esto despues ni pedirle cuenta de cómo haya empleado este tiempo?

La embajadora se hallaba muy distante de esperar tan estraña peticion. Asi es que le causó un acceso de alegría.

—Esto es muy sério, añadió gravemente el monarca. Habiendo obtenido lo que pedia se deshizo en darle gracias por su complacencia, y añadió formalmente:

—Acordaos de que se trata de un secreto.

Después llevó galantemente á su dama junto á la cza-

rina, la instaló á su lado, estuvo con ellas un momento en conversacion y las dejó juntas.

Al cabo de algunos instantes viendo adelantarse hácia él al embajador de Austria le preguntó políticamente por su salud, cambió con él dos ó tres palabras insignificantes, y se fué en seguida á hablar con otros personajes.

Exasperado el austriaco necesitó de todo el disimulo de un diplomático para no descubrir su descontento. Buscó en la multitud á su primer secretario de embajada, le habló al oído algunas palabras, y se propuso retirarse pronto para mandar un correo estraordinario á su corte ganando horas.

Valandrú dormía á pierna suelta, cuando un vivo resplandor hiriendo sus párpados le despertó repentinamente.

Vió al czar de pie junto á él con una palmatoria en la mano.

—Levántate, le dijo el príncipe, son las cinco de la mañana y nos vamos á marchar.

No atreviéndose á salir de su cama en presencia de la augusta visita que tan de mañana se le presentaba, el peluquero se contentó con echar una ojeada al sitio donde la víspera por precaucion habia colocado sus vestidos. Ya no estaban allí... Alexis le estaba mirando.

—Cesa de asombrarte, le dijo, tus vestidos están en seguridad. Tanto á tí como á mí nos importa que no nos reconozcan durante nuestro viage. Ahí, sobre esa silla encontrarás un traje completo. Vístete: dentro de un cuarto de hora volveré á buscarte.

Al mismo tiempo encendió su Magestad dos bugías, y se retiró cerrando con mucho tiento la puerta.

Habiéndose quedado solo Valandrú saltó inmediatamente de la cama, corrió á buscar el traje indicado, y grande fué su sorpresa al hallarse con un uniforme completo de coronel.

Vaciló al pronto, pero inmediatamente se repuso.

—No es posible, pensó, que el emperador trate de burlarse de mí, sobre todo en semejante circunstancia.

Listo como las gentes de su oficio y diestro en materia de tocador, no necesitó mas que algunos minutos para transformar su persona en un apuesto y elegante oficial.

Terminada la metamorfosis, todavía le quedó tiempo para mirarse en un grande espejo de Venecia que allí habia, y se hizo la justicia de confesar que el traje de coronel le sentaba á las mil maravillas. Conviene emitir aqui una particularidad que faltaba á nuestra relacion. Valandrú no tenia mas de veinte y siete años, era de aventajada estatura, y de agradable presencia.

El czar, que entró en el cuarto durante este exámen, ratificó por su sonrisa la opinion del peluquero.

—Toma tus armas, tu capa, y sígueme, le dijo.

Convertido de repente en un militar, Valandrú se ciñó valientemente la espada, se apoderó de un par de pistolas, se embozó en una ancha capa con galones de oro y siguió al príncipe.

Llegados á la calle atravesaron silenciosamente nuestros dos aventureros la ciudad de Moscow. El suelo cubierto de nieve impedía oír el ruido de sus pasos.

A alguna distancia fuera de las murallas encontraron un trineo con un tiro de seis caballos custodiado por dos hombres: eran dos siervos leales y decididos por su soberano. Su amo los trataba bien, y por eso podia contar con

su lealtad, y así acostumbraba á valerse de ellos en las mas delicadas y secretas ocasiones.

Alexis saltó listamente en el trineo, su compañero se lanzó dentro despues de él, y el carruage partió como una saeta.

Corrieron los viajeros todo el dia. Cuando la necesidad de remudar caballos les obligaba á detenerse, presentaban una órden firmada por el emperador. Inmediatamente se prosternaban ante ella y se apresuraban á servirlos.

Cuando llegó la noche, la necesidad de descansar y el rigor del frio los obligaron á acostarse en una cabaña de bastante mala traza. No habia en ella mas que un solo cuarto y una cama bastante ancha. El czar obligó al improvisado coronel á aceptar la mitad de la cama, por mas que éste insistió en irse al establo con los criados.

Es sabido que las costumbres rusas son muy diferente á las de los otros países: un general en la mesa no tiene ninguna repugnancia en hacer beber en su vaso al soldado que le trae un mensaje, y mas de un francés ha podido notar esta costumbre en la campaña de 1814; no hay que asombrarse, pues, de que en 1646 el czar Alexis hubiese ofrecido al coronel Valandrú compartir su cama, y sobre todo en viage.

A la mitad de la segunda jornada se detuvo el trineo en una aldea á la puerta de un convento.

Habiendo enseñado los dos viajeros la órden del soberano, se apresuraron á hacerlos entrar con grande muestras de respeto en la mas hermosa sala de la casa. A poco se presentó una religiosa, y al verlos se precipitó á ponerse de rodillas. El czar se apresuró á levantarla, despues, cruzando los brazos sobre el pecho, con la frente baja, la miraba tímida, la contempló largo tiempo en silencio.

—Elena, dijo al fin, ¡cuánto mal os he causado por mi imperdonable credulidad! ¡Ay! en mi corazon llevo el castigo, y este castigo durará tanto como mi vida. Pero vos, Elena, si os es imposible el amarme ya, permitidme al menos que os arranque á este anticipado sepulcro en donde tan cruelmente os han hundido. Yo vengo á devolveros al mundo y aseguraros una fortuna digna de vuestro mérito. Vuelta á la libertad podreis unir vuestra suerte á la de alguno mas capaz que yo de apreciaros, y mis pesares y mi arrepentimiento servirán para espiar mi crimen.

Alexis no pudo continuar, tanto le sofocaba la emocion. Un rayo de felicidad se reflejó en las facciones de la religiosa; sus ojos alzados al cielo le daban la espresion de un ángel. Hubo un momento de silencio, durante el cual Valandrú muchas veces se enjugó una lágrima. Al fin pudo el czar volver á tomar la palabra.

—Este amigo es el que me ha desengañado, dijo señalando á su compañero. Ignoro quiénes son los culpables, pero vais á dárme los á conocer, y nada podrá sustraerlos á mi justa venganza. Respondedme, Elena, os conjuro á ello en nombre de Dios.

La religiosa hizo preceder su respuesta de una celestial sonrisa.

—Príncipe, dijo con dulzura, esta casa no es un sepulcro, sino un refugio contra las tempestades del mundo, permitidme, pues, que ya no salga mas de ella. Las personas que la habitan me han enseñado á perdonar á los malos: Dios los conoce, basta. Despues de lo que acabo del

soir nada mas deseo. La felicidad que entreveía en la tierra no puede devolvérseme sino en el cielo. Mientras viva me será imposible hallarla en el mundo.

Alexis quiso tratar de combatir una resolucion que sin embargo debia templar algún poco sus pesares.

La religiosa le interrumpió.

—Príncipe, todos los dias pienso en mi padre, debe estar muy triste. Pues que no nos ha abandonado vuestra bondad, dignaos asegurarme que le consolareis y que estendereis sobre él vuestra magnánima proteccion.

La desgraciada ignoraba el trato cruel que se habia dado al autor de sus dias.

Mientras Alexis se esforzaba en responder todo lo que pudiese contribuir á tranquilizarla, la jóven religiosa pasó suavemente la mano bajo su velo y la retiró poco despues.

—Príncipe mio, dijo, me queda una gracia que pidiros, aquí teneis un anillo y un pañuelo que me disteis, dignaos concederme la autorizacion de conservarlos toda mi vida.

Las lágrimas de Alexis fueron su única respuesta.

Elena sentia por su parte que se le acababan las fuerzas. Sacando de la religion ánimo y valor levantó la voz y exclamó con un acento solemne:

—Príncipe, recibid mi adios postrero, voy á invocar las bendiciones del cielo sobre vos y sobre la czarina.

Despues de haber pronunciado estas palabras abandonó la estancia, apresurando el paso cual si la persiguiesen.

Valandrú, aunque muy conmovido, se vió obligado á arrastrar á la fuerza al czar fuera de aquel sitio de dolor, y algunos minutos despues se hallaban ya corriendo de vuelta á Moscow en su trineo.

Muy triste fué el viage de vuelta. El czar casi no abrió la boca, sumergido en una profunda meditacion, contentábase con apretar la mano de su compañero cada vez que éste trataba de hacerle volver en sí. Solo al aproximarse á Moscow rompió al fin el silencio.

—¡Qué ansiedad es la mia! exclamó repentinamente el czar. La desgraciada ignora que su padre gime en el fondo de la Siberia. Estoy impaciente por sacarle de allí: cada minuto que tardo aumenta mi remordimiento; ¿y á quién confiar la ejecucion de mis órdenes? tal vez á los que han tomado parte en esta horrible trama. Amigo mio, pues que Elena se ha negado á nombrarme á esos miserables, pues que tú te obstinas en callarme sus nombres, aconsejáme al menos. Tu profesion te pone mas al corriente que yo pueda estarlo de las intrigas que me rodean. Te ruego que me indiques alguno á quien yo pueda enviar á Siberia; un hombre que me sea sinceramente adicto y capaz de hacer respetar mi voluntad á cualquiera que intente oponer obstáculos á ella, aunque fuesen mis ministros.

Al oír este ruego vió Valandrú una excelente ocasion de jugarle una mala pasada á Morosow, sirviendo al mismo tiempo perfectamente al czar Alexis. Sabia que un general lleno de méritos y de un carácter enérgico acababa de caer en desgracia del emperador por la celosa influencia del primer ministro, y ese general fué cabalmente el que Valandrú designó al czar.

Sorprendido pareció quedar el príncipe con aquella eleccion, pero se abstuvo de hacer objecion alguna.

Habia ya cerrado la noche cuando los viajeros volvieron á entrar clandestinamente en palacio, conforme habian sido. El pel uquero, habiendo vuelto á tomar sus vestidos,